

ct

Las voces escondidas

de
Eduardo Viladés

(fragmento)

Alfredo, un hombre bien parecido de unos 40 años y aspecto apesadumbrado, está en un museo.

Viste con una americana.

Lleva una guía de las obras de arte del centro cultural.

Está observando a la audiencia, de frente, con dos cuadros a sus espaldas.

A su izquierda, un cuadro de una mujer de finales del siglo XVIII en Francia.

A su derecha, una pintura de una muchacha de finales de los años 60 del siglo XX.

En medio de ambos cuadros hay una silla.

A un lado, muy apartado, hay un cuadro vacío.

El hombre se dirige al cuadro del siglo XVIII.

Lo mira y va leyendo la información de la guía.

De pared, una gran pantalla para proyecciones.

ALFREDO

“El fin de los días”.

Óleo sobre lienzo.

Pintado por el Barón de Jeansimmon en 1793.

Anne Marie está portando un bebé en brazos después de ver cómo guillotinaban a su dulce marido, François, en la Bastilla.

François Jiménez, de ascendencia andaluza, era odiado por los jacobinos en los primeros albores de la Revolución Francesa.

Había trabajado durante años bajo las órdenes de Luis XVI y se había ganado muchos enemigos por su carácter hostil y guerrero, totalmente defensor del Antiguo Régimen y de las políticas dictatoriales.

Anne Marie murió a las dos semanas de la muerte de su esposo.

Se tiró al Sena porque no soportaba haber perdido su estatus.

Al niño lo regaló a una gitana.

Se acerca al cuadro de la mujer de mediados de los años 60 del siglo XX.

Lo mira y va leyendo la información de la guía.

“Hasta arriba de mierda”.

Carboncillo con aguarrás.

Pintado por María Sarmiento en 1969.

Silvana, una napolitana hija de pizzeros que emigraron a finales de los años 40 del siglo XX a Manhattan, aparece esnifando cocaína y con una pastilla de LSD en la mano minutos antes del comienzo del festival de Woodstock, celebrado en la localidad de Bethel, a escasos kilómetros de Nueva York.

Horas después del inicio del concierto fue hallada muerta en los baños del descampado que rodeaba el recinto.

Fue enterrada en una fosa común de Arizona.

Hablando hacía sí mismo, andando por la sala.

Mira de vez en cuando a los cuadros.

¡Hay que ver lo poco que han cambiado las cosas en dos siglos de historia!
 Esta pobre mujer, Anne Marie, acabó en el Sena llena de lodo y Silvana, hija de pizzeros napolitanos venidos a menos, terminó sus días en el fango de un retrete en Woodstock.
 Hay veces que me pregunto cómo terminaré yo.
 Todos estamos de mierda hasta el culo.
 A medida que avanzan los años tengo más miedo a la muerte, pero no a la mía, sino a la de mis seres queridos.
 La mía me excita.

Proyección: vídeo en B/N en el que se ve a Juan, que en un lado del escenario hace de narrador, cómo se sienta en el sofá, se envenena, se adormece y permite cómo la lluvia va empapándole hasta que muere.

Sonido de lluvia

Que me encuentren a mí rodeado de fango en el sofá del salón no me preocupa.
 Apenas salgo de casa y no soy precisamente el paradigma de la sociabilidad, de manera que sería imposible morir en un concierto de rock como Silvana o en la ribera del Sena como la noble francesa.
 Si lloviese mucho y dejara la ventana del salón abierta, colocara el sofá al lado y muriese una noche de tormenta, quizá podría conseguir el mismo efecto que el fango tuvo en estas dos mujeres.
 Me imagino a la Policía llegando a mi casa a las dos semanas de mi muerte.
 Supongo que el barro de la lluvia tendría un efecto protector en mi rostro, al estilo de las momias en el Antiguo Egipto, lo que valdría para calmar el *shock* que supondría a mi familia verme demacrado y sin vida.
 Esbozo en mi imaginación el momento y me parece muy pictórico.
 El sofá estaría colocado al lado del alféizar de la ventana, compuesta por estores de madera marrón que permitirían que la lluvia se deslizase como si bajara por un tobogán.
 El barro y la lluvia me caerían por la frente y crearían un pequeño pantano alrededor de las cuencas de mis ojos.
 Quizá adquirirían un leve sabor salado al mezclarse con mis lágrimas.
 Cuando se ingiere demasiada estricnina cada músculo del cuerpo sufre violentas contracciones y espasmos y se llora desconsoladamente.
 También uno se caga encima y se mea.
 Me parece muy hermoso.
 La naturaleza en estado puro se manifestaría en mi cuerpo.
 El pequeño estanque se desbordaría y bajaría hasta la comisura de mis labios.
 El agua, el barro y mis lágrimas me entrarían por la boca y podría saborearlos.
 Sería un banquete final apoteósico.
 Una vez que la boca se encharcara, el agua se desbordaría de nuevo camino del cuello y el pecho.
 Llevaría puesta una camiseta blanca que me regaló mi madre hace años.
 Me resultaría muy erótico que me encontrasen muerto con esa camiseta.

Proyección: vídeo de una mujer lavando el coche, con el agua cayéndole por el sujetador y toda su piel.

Como los vídeos promocionales que sacan de vez en cuando en los canales de televisión de pago en los que se ve a la guarrilla de turno limpiando el todoterreno de su novio con el sujetador pegado a

las tetas y litros de detergente cayéndole desde el mentón hasta el coño.
Lo que pasa es que si me encuentran al cabo de dos o tres semanas el barro se habrá solidificado y el efecto erótico ya no será tan alto.
No se puede tener todo.

*Sigue leyendo la guía del museo en silencio.
Cuando se dispone a abandonar la sala, oye un sonido similar a un silbido procedente del cuadro de la mujer francesa que porta un bebé en brazos.
Lo mira de refilón, extrañado; cuando comienza a caminar, el sonido se repite.
Se da la vuelta.*

ANNE MARIE (*con acento francés*)
Alfredo, acércate, anda, no tengas miedo.

ALFREDO (*perplejo*)
¿Cómo sabe mi nombre?

ANNE MARIE
No te hagas el remolón y acércate.

ALFREDO (*nervioso*)
¿Qué es eso?
¿Un juego?
Me habían comentado que esta parte del museo no era recomendable.
Nadie viene, siempre está vacía.
La iluminación es bastante lúgubre y se nota que no están interesados en invertir en ella.
¿Hay alguna cámara oculta por aquí?
¿Intentan revitalizar la afluencia de público con esto?

ANNE MARIE
¡Acércate!

ALFREDO (*obviándola, sigue con su discurso, nervioso*)
Incluso se rumorea que en esta sala hay fantasmas.
Por eso nadie entra.

ANNE MARIE
Eso sin duda.

ALFREDO (*yendo de punta a punta, inquieto*)
No hay que más que echar un vistazo a los guardas de seguridad, adormecidos en esas sillas de mimbre de mala calidad, con sus barrigas cerveceras llenas de hamburguesas baratas y un hastío enorme por trabajar aquí.
Me han debido de drogar.
Antes de entrar en el museo había una gitana vendiendo zumo de frambuesas de un bidón metalizado y ha insistido tanto que le he comprado un vasito de plástico.

ANNE MARIE

Alfredo, tranquilízate, te noto un poco tenso con ese discurso trasnochado.

La que se droga es la del cuadro de al lado, Silvana.

Mira que cara de narcoléptica que tiene .

Se cae por las esquinas si no le dan su dosis de caballo.

Convivir con ella es un poco pesado, aunque reconozco que al mismo tiempo tiene su dosis de adrenalina.

Acostumbrada al siglo XVIII, que te emparejen con una mequetrefe de los años sesenta me da vida, aunque no se lo digas a ella porque se sube a la parra.

Observa al bebé.

Estoy un poco harta del bebé.

Se me duerme el brazo.

Deja el bebé en el suelo.

ALFREDO

Ya sabía yo que esta parte del museo estaba muerta y no había nada interesante que ver.

Incluso en las guías en inglés, hay un “*danger*” en mayúsculas y en color rojo en las páginas relativas a esta zona del edificio.

Yo suelo venir a este centro de arte muchos días.

ANNE MARIE

Sé que vienes aquí muchas veces.

Y también sé que hace tiempo que querías acudir a esta sala pero te daba miedo.

En cuanto a la sala, sí, en efecto, tienes razón, está muerta, pero como lo está toda esta ciudad por mucho que se empeñen en vender que está llena de vida y en ebullición.

De hecho, quieren vender el área que ocupa esta parte a una empresa americana corrupta para que construya un centro comercial y mantener el resto del museo con los beneficios.

Yo hace más de 200 años que me fui.

Recuerdo el día que me rescataron del Sena.

No es que lo recuerde tal cual porque yo estaba muerta.

Me lo han contado.

Las otras.

Además, en esa época el río estaba muy sucio y como solían lanzar a los guillotinos en la Bastilla a las aguas del Sena, imagínate el barrizal que se formaba.

ALFREDO

Esto no puede estar sucediendo.

ANNE MARIE

Me estás poniendo un poco nerviosa con esa obsesión que tienes de que yo no soy real y de que te está hablando un cuadro.

Yo vivo dentro de un cuadro y estoy enmarcada como si fuese un cuadro, pero no soy un cuadro.

Relájate y asúmelo, Alfredo.

Además, apenas hablas con nadie en tu día a día.

Deberías darte con un canto en los dientes.
Hay cosas que no necesitan una explicación.

Señalando a la mujer del cuadro de al lado.

Pues esa de ahí, Silvana, está muy colgada.
Nos colocaron en la misma sala hace sólo diez años.
Yo antes estaba en el área de héroes de la Revolución Francesa, pero con esa moda actual de eliminar los retazos de la historia que tienen relación con conductas absolutistas y dictatoriales, y ya sabes que mi marido era lo peor, pues me pusieron en esta sección.

ALFREDO (*más relajado*)
¿Y a la drogadicta?

Silvana, en el cuadro de al lado, empieza a hacer muecas y poner caras de burla a Anne Marie, aunque ni la francesa ni Alfredo se percatan de ello.

ANNE MARIE

Pues por algo parecido. Por un lado van de liberales eliminando las partes de la historia que no les gustan pero, por otro, tampoco aceptan la libertad sexual y personal que encarnaba Silvana, por ejemplo.

Que no te digo yo que Silvana sea santo de mi devoción, pero hay que reconocer que la muchacha vivió su vida al límite y eso merece un pequeño respeto.